

– I –
Se acerca el invierno

De hojas un manto amarillo cubre el empedrado camino, pobre imagen de lo que fueron a sus lados, troncos y ramas de árboles yermos, guardan cuan siniestro ser, soportando pequeños hogares abandonados, donde un día palpó la vida.

Densas brotan blancas fumarolas, olores de guiso, caminando entre ellos, unas veces romero, laurel o hierbabuena y alguno desconocido, acompañan a María en su tarea.

Hacia las murallas del castillo de los Hunther, en la colina, lugar que sólo ella conoce, recoge hierbas no sin dificultad, pues son escasas.

Hace ya tiempo que de su madre aprendió donde y que recoger. Camina lenta, pero segura buscando, y en su inclinar a cada nuevo paso acerca esencia especial a cuanto crea.

Llanelly, pequeño pueblo situado no muy lejos de la costa, donde la brisa húmeda del mar baña sigilosa cada una de las calles, niebla constante durante la mañana, tardes soleadas. En su antiguo puerto recibe de vez en cuando la visita de mercantes, entre ellos el Flying Fish, un velero que viaja sin cesar a Chuao¹ donde carga el cacao más

¹ Ocumare, Choróni y Chuao, producen cacaos criollos e híbridos, siendo el más reputado el cacao Chuao.

sabroso del mundo. Sus bodegas además transportan aceite, sal, trigo, especias y muchas otras mercancías con las que comerciar en los puertos donde atraca.

Su llegada siempre es motivo de júbilo, confusión y algarabío forman los cansados marineros al pisar tierra recibidos por comerciantes y gentes del pueblo. Mejor acogidos aún por la taberna de Scut "El Rata", siempre atento para que nadie escape sin pagar, esa, ¡otra más!, su famosa jarra de añejo ron.

Próxima está la gran fiesta del pueblo, una vez más y antes de que el invierno cierre los caminos, los vecinos de Llanelly se aprovisionan, compran y venden todo tipo de mercancías y útiles para afrontar el frío invierno con algo de comodidad.

La calle principal, un tanto inclinada hacia el puerto y en sus laterales, cientos, sino más puestos expondrán sus artículos.

Toldos de grandes dimensiones y variados colores que desde los lados de la calle y casi tocando en su centro, cubrirán y protegerán a comerciantes y artículos formando un arcoíris de sombras y luz.

Aún queda tiempo, pero ya todo es actividad en cada casa y rincón del pueblo, los preparativos han comenzado, carpinteros, herreros, confiteros, agricultores, ganaderos, carniceros, artesanos, incluso podrán comprarse juguetes, útiles de cocina y por supuesto el delicioso chocolate de María, al que todos esperan con deseo, muchos son los que de pueblos incluso muy lejanos, haciendo largas travesías, se hacinarán en el puesto de María, cada año son más los que al correr la voz poco a poco van conociendo su chocolate.

Un tranquilo hogar, una pequeña casa en el centro de Llanelly, por su hermoso patio entra luz que calienta el viejo y confortable suelo de madera.

Situada a la izquierda del salón una generosa chimenea proporciona calor, tres grandes ventanas dejan ver la calle donde Lucía pasa largas horas observando todo cuanto acontece, en la chimenea cerca del fuego y de María pasa largas tardes dormitando mientras se cuece

la leche. Una estrecha escalera conduce al ático donde guarda antiguos recuerdos de familia. En la gran mesa del salón un quinqué, única luz cuando atardece.

Por la mañana María se dispone a salir como siempre, colgado de su brazo, un hatillo y una cesta hacia la colina donde crecen las hierbas que necesita.

Rondando cerca de sus pies, frotando con mimo todo su cuerpo, Lucía, su fiel compañera.

María sabe lo que quiere, una generosa ración de tiras de pollo que siempre le deja junto al cuenco de agua. Lucía no permitirá que se marche olvidando este detalle.

Es una gata común blanca con manchas negras como casi todas las hembras, pero con un gracioso y pequeño lunar en la nariz, que María ve única.

—Vamos Lucía toma, aquí tienes tus ricas tiras de pollo.

—¡Buen provecho!

Sirvió a Lucía, poniendo las manos en la cintura, observó.

Lucía agradeció maullando, y estirando el rabo se lanza de inmediato a comer con gran apetito.

—¡Tranquila!, despacio o te vas a atragantar.

Sonrió María.

Ataviada con su vestido gris de tirantes, camisa blanca y botas de piel, su pelo negro brilla recogido en una coleta. Delgada, el vestido se ciñe perfecto a su cintura. Al mirar la expresión en sus negros ojos, se puede adivinar un gran corazón, la bondad de su rostro es sólo comparable a su belleza, la presteza en todo lo que hace denota vitalidad.



Entre golpes de mar como ayer en mi codo apoyado, mirando a través de la redonda ventana, grises nubes caminan en imaginaria vereda arrojando en el vidrio, gotas para imagen mía. De arriba abajo, una, que en singular camino regala su único destello, ese que nunca podré olvidar.

– II –
Nortech

Han pasado ya tres semanas desde que el Flying Fish comenzó sus reparaciones en los astilleros de Northec, el mantenimiento de estas naves comerciales resulta en ocasiones costoso y siempre tedioso. El capitán John Dunhan pasea día tras día supervisando nervioso. Las reparaciones son rutinarias, pero imprescindibles para afrontar las duras condiciones del mar.

Tras una larga noche con su libro de cuentas haciendo números y más números, maldice la tardanza, como si en ello le fuese la vida. En cierto modo no le falta razón, aún debe recoger un gran cargamento que ya está listo en Chuao, hay que entregarlo para poder pagar el salario de sus hombres.

Dunhan se dirige al astillero dispuesto a poner orden.

– ¡Señor Rothan! ¿Será tan amable de informar cuándo tendrá listo mi barco?

Increpa Dunhan malhumorado, aunque en su interior conoce perfectamente los problemas a los que se enfrenta el capataz.

Rothan se gira bruscamente hacia la voz que le nombra.

– ¡Capitán!

Exclama y hace una pausa intentando calmarse.

– No estoy dispuesto a soportar ni un solo instante más su presión, ya le dije hace dos días que estamos esperando el roble necesario para